

con él para cualquier cosa respecto á todo lo que acababan de hablar.

Al día siguiente, Clennam volvió á pensar á intervalos en el uso que había hecho Pancks de sus mil libras esterlinas, y en las empresas que aseguraba haber «profundizado.» Recordó que el agente manifestaba la mayor confianza en este asunto, él, que por lo regular pecaba de receloso; pensó en el gran ministerio de Circunlocuciones, y en el gran placer que le causaría mejorar la posición de Doyce; pensó en la sombría y amenazadora morada donde vivió cuando niño y en las sombras que se acumulaban allí, más lúgubres que nunca; observó de nuevo que donde quiera que fuese, oía pronunciar el famoso nombre de Merdle, que ya no podía olvidar ni aun en su despacho; y comenzó á parecerle extraño que nadie, excepto él, pareciese desconfiar del gran capitalista. En rigor, no podía decir tampoco que él desconfiara ó hubiese desconfiado nunca; habíase limitado sólo á no dejarse llevar de la corriente.

Cuando una epidemia del género de la que hablamos recorre las calles, semejantes síntomas anuncian casi siempre que se ha contraído la enfermedad.



#### CAPITULO XIV

##### Consulta

Cuando los anglo-sajones reunidos en las orillas del amarillento Tíber supieron que su inteligente compatriota, el joven Sparkler, acababa de ser nombrado lord del ministerio de Circunlocuciones, la noticia no hizo más efecto del que pudiera producir cualquier otro de los mil incidentes de que dan cuenta los periódicos. Los unos se rieron; los otros alegaron como circunstancia atenuante que el destino era una verdadera canonjía, y que el primer advenedizo podía desempeñarle, por poco que supiera afirmar su nombre; los que se preciaban de oráculos políticos, declararon que lord Decimus tenía mucha razón en buscar refuerzos, y que al otorgar los destinos de que podía disponer, proponíase sólo un objeto cons-

titucional. No faltaron en cambio muchos anglo-sajones que habiendo permanecido en sus patrios lares, censuraban amargamente semejante nombramiento.

Cuando se dirigieron á la señora Merdle las felicitaciones acostumbradas en semejante caso, la gran dama hizo circular la noticia con una gracia indolente que realzaba más su valor, así como el engaste realza el brillo de una piedra preciosa.

«Sí, decía la dama; Edmundo ha debido aceptar este destino, porque el señor Merdle lo deseaba; no sé si se acostumbrará á él, porque esto le obliga á permanecer gran parte del año en la ciudad y él prefiere la residencia en el campo. En fin, así tiene una posición, y por cierto nada desagradable. El nombramiento es sin duda un obsequio al señor Merdle, y Edmundo deberá considerarlo como un beneficio si puede acostumbrarse. No es malo que tenga algo que hacer, y es natural que se le pague su trabajo. Falta saber ahora si esa nueva carrera convendrá á mi hijo, mejor que la de las armas.»

Así se explicaba la gran señora, maestra en el arte de fingir, poco atenta á estas cosas; mientras Enrique Gowan, de quien lord Decimus no hizo caso, recorría las casas de todos sus conocidos, desde la puerta del «Pópolo» hasta el arrabal de Albano, jurando que Sparkler era el más dócil, el más inofensivo, y en una palabra, el más amable de todos los asnos que se enviaban á pacer al dominio público. El artista aseguraba que sólo una cosa en el mundo le habría causado más placer, y era el haber recibido para sí tal nombramiento, pero que casi perdonaba al noble lord Decimus que le hubiese olvidado en vista de su buena elección, porque profesaba al favorecido el mayor afecto. Gowan parecía esforzarse en realzar delante de todo el mundo el talento del joven Sparkler; pero con esto precisamente poníale más en evidencia, obligándole en cierto modo á ofrecer en su persona el más deplorable ejemplo de imbecilidad.

Entre tanto, la señorita Fanny se hallaba en una situación bastante difícil: todo el mundo sabía que el joven Sparkler adoraba á la hija mayor del señor Dórrit, y Fanny se había identificado lo bastante con su pretendiente para juzgarse comprometida cuando se ponía en ridículo más que de costumbre, por lo cual, como no carecía de ingenio, apresurábase á menudo á prestar su auxilio á la víctima, á quien favorecía no poco, burlando las tentativas de Gowan. Sin embargo,

al proceder así, avergonzabase de su pretendiente, sin atreverse á despedirle ni á estimularle; inquieta por la convicción de que se enredaba cada vez más, enojábase al mismo tiempo la idea de que la señora Merdle pudiera regocijarse de sus apuros. No es por lo tanto extraño que Fanny volviese cierta noche muy irritada de un baile dado por la señora Merdle, y que rechazase las atenciones de la niña Dórrit, declarando con expresión de disgusto que aborrecía la sociedad y que quisiera haber muerto.

—Querida Fanny—dijo Amy,—¿qué tienes? Cuéntame tus penas.

—¿Qué tengo?—repitió Fanny.—Eres un topo, hija mía; si no fueras tan ciega, no tendrías necesidad de interrogarme. Preciso es no tener ojos para dirigirme semejante pregunta.

—¿Se trata del señor Sparkler?

—Del se...ñor Sparkler—repitió Fanny con tono desdeñoso, como si este individuo fuera la última persona de quien pudiera acordarse.—No, doña necia, no se trata del señor Sparkler.

Apenas hubo dado esta contestación, Fanny se arrepintió de haber sido algo dura con su hermana, declarando entre sollozos que no ignoraba que se hacía odiosa, pero que todo el mundo parecía conjurarse para reducirla á tal extremo.

—Creo que no estás muy buena esta noche—dijo la niña Dórrit.

—¡Bah!—replicó Fanny encolerizándose de nuevo,—estoy tan buena como tú, por no decir mejor.

La pobre niña Dórrit, no sabiendo cómo arreglarse para ofrecer consuelos que no se rechazaran, pensó que lo mejor sería callarse. Su silencio enojó al principio á Fanny tanto como las preguntas; comenzó á quejarse al espejo, diciendo que no había nada más fastidioso que una hermana de tan humilde carácter; que no ignoraba que ella (Fanny,) tenía un carácter detestable y que debían aborrecerla algunas veces, pero que la contristaba mucho tener una hermana tan callada, y que naturalmente debía ser desagradable; que ella no había de humillarse siempre, pidiendo perdón á su hermana menor, y que no quería hacerlo más. El resultado final de estas quejas se redujo á algunas lágrimas, y cuando la niña Dórrit fué á sentarse junto á Fanny para consolarla, ésta exclamó:

—¡Amy, eres un ángel! Ahora voy á decirte lo que hay, hija mía; esto no puede seguir así, y es preciso que acabe de una manera ó de otra.

Como esta exclamación era algo vaga, la niña Dórrit contestó:

—Bueno, ahora hablaremos.

—Eso es—repuso Fanny, enjugando sus lágrimas,—hablemos, amiga mía. Vamos, ya estoy serena y tú me aconsejarás. ¿Quieres darme un consejo, Amy?

Esta pregunta hizo sonreír á la niña Dórrit, pero se apresuró á contestar:

—Sí, Fanny, te aconsejaré lo mejor que pueda.

—Gracias, querida—repuso Fanny, besando á su hermana.

—Tú eres mi áncora de salvación.

La ex-bailarina tomó del tocador un frasquito de agua de colonia, llamó á su doncella para pedir un pañuelo de batista, y después de humedecerse los ojos, comenzó así:

—Tesoro mío, nuestro carácter y nuestro modo de considerar las cosas difieren lo bastante... (abrázame otra vez)... para que no extrañes lo que voy á decirte; y es que, á pesar de nuestra fortuna, debemos luchar, socialmente hablando, contra grandes desventajas. Tú no comprenderás del todo lo que yo entiendo por esto, ¿eh, Amy?

—Sin duda te comprenderé mejor cuando me hayas dicho algunas palabras más—contestó con dulzura la niña Dórrit.

—Pues bien, hija mía, lo que quiero decirte es que, después de todo, sólo somos unos intrusos en la alta sociedad.

—Estoy bien segura, Fanny—replicó la niña Dórrit,—siempre admiradora de su hermana,—que en lo que á ti concierne, nadie lo sospecharía.

—Es posible, querida mía: pero de todos modos, me das una prueba de afecto y cariño al creerlo así; y nadie exagera al decir que eres la más bondadosa criatura que se conoce. En fin, vamos al caso. Por su manera de conducirse y su educación, papá es un caballero; pero difiere por muchos estilos de los demás de su clase, tal vez por lo mucho que ha sufrido, ó bien porque su figura con frecuencia, si no me engaño, que todos piensan en su pasado al hablar con él. Papá tiene noble corazón, y yo le quiero muchísimo; pero socialmente hablando, es muy desagradable. En cuanto á Eduardo, no pasa de ser un derrochador y un calavera; y advierte que en esto no hay nada censurable... muy al contrario... mas no se porta como un joven disipado del gran mundo, si puedo expresarme así; ni tampoco obtiene por su dinero la especie de reputación que se debe alcanzar con el género de vida que lleva.



—¿Se trata del señor Sparkler?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Pobre Eduardo!—exclamó la niña Dórrit, dejando escapar un suspiro que resumía toda la historia de la familia.

—Sí—dijo Fanny,—también podrías suspirar por ti y por mí; razón tendrías para ello; mas advierte, hija mía, que en vez de madre sólo tenemos una señora General, y ya sabes el proverbio que dice: «Gato con guantes no caza ratones.» Ahora bien, querida mía, ya verás cómo sus guantes no le impiden atrapar el ratón que acecha; ten por seguro y cierto que esa mujer será nuestra madrastra.

—No puedo creer, Fanny...

—Vamos, no comiences á contradecirme, Amy—interrumpió la hermana,—porque de esto sé mucho más que tú. Para resumir la cuestión, hija mía, yo me pregunto (ya sabes que soy orgullosa y viva de genio,) si no debería yo cuidarme de mantener la dignidad de la familia.

—¿De qué modo?—preguntó la niña Dórrit con expresión inquieta.

—Yo no podría sufrir—repuso Fanny, sin contestar á la pregunta,—que la señora General la echase de madrastra conmigo; ni menos que la de Merdle me patrocine á mí de ningún modo.

La niña Dórrit puso su mano sobre la de su hermana que tenía el frasco de agua colonia, mirando á Fanny con más inquietud aun que antes.

—No se puede negar—continuó la hermana mayor,—que Edmundo ha llegado á obtener de un modo ú otro (el medio no hace al caso,) muy buena posición, y ha llegado á un lugar muy distinguido, lo cual nadie pone en duda. En cuanto á lo de saber si tiene más ó menos talento, á mí me parece que no me convendría un marido de mucha imaginación, porque no sé si podré someterme nunca á la superioridad de otro.

—¡Oh! querida Fanny—exclamó la niña Dórrit, que había experimentado un sentimiento de temor á medida que iba comprendiendo lo que su hermana quería decir,—si tú amases á alguno, dejarías de ser lo que eres, olvidándote de ti misma para consagrarte á él; si tú amases...

—¡De veras!—interrumpió Fanny mirando fijamente á su hermana.—¡Hola, hola! ¡mira cómo algunas personas llegan á ser sabias y elocuentes cuando se trata de ciertas cuestiones! Dícese que todo el mundo tiene predilección por alguna cosa, y me parece que he venido á tocar por casualidad tu cuerda sensible, Amy... ¡Muy bien! hija mía, yo no hacía más que bromear, y no es cosa de que me hables ahora de senti-

mientos tiernos, tratándose de imposibles indignos de nosotras. Pero déjame continuar...

—Querida Fanny—interrumpió la niña Dórrit,—permíteme antes decirte que preferiría nos viésemos obligadas á trabajar de nuevo para vivir pobremente, á que fueras rica casándote con el señor Sparkler.

—Te dejaré decir todo cuanto quieras, hija mía, y seguramente que de mí no puedes temer nada. En cuanto á casarme con ese joven, no tengo la mejor intención de hacerlo hoy, ni mañana tampoco.

—¿Y más tarde?

—No lo pienso así, al menos por ahora—repuso Fanny con tono indiferente.—Por lo que hace á los hombres de talento, solamente te diré que no veo acercarse á mí ni uno solo.

—Querida Fanny, en tan poco tiempo...

—Sea mucho ó sea poco—interrumpió la hermana,—yo me canso ya de esta situación; no es nada agradable para mí, y poco bastaría para inducirme á un cambio. Nada me importa cuanto puedan decir sobre mi conducta otras jóvenes que ocupan una posición muy distinta por todos conceptos.

—Fanny, querida Fanny, ya sabes que tienes cualidades que te hacen digna de un esposo muy superior al señor Sparkler.

—Amy, querida Amy, la cuestión es que yo quisiera verme en una posición mejor determinada, aunque sólo fuese para hacer frente á esa señora Merdle, cuya insolencia no puedo sufrir.

—¿Y sólo por eso... dispénsame la pregunta... te casarías con su hijo?

—Tal vez—contestó Fanny con una sonrisa de triunfo.—No sería fácil hallar mejor medio para conseguir el fin que me propongo, hija mía. Esa impertinente dama cree sin duda que será un gran triunfo para ella encontrar una mujer como yo para su hijo, y tal vez piensa que me dominará, sin tener en cuenta que yo le daré mucho qué hacer, pues si llegase á ser su nuera, me opondría á ella en todo, convirtiéndome en su rival. Tal sería el objeto constante de mi vida.

—Querida hermana—dijo la niña Dórrit,—¿es posible que quisieras condenarte á una existencia tan desgraciada para obtener semejante resultado?

—Para mí no sería una existencia muy desgraciada, Amy; muy al contrario, así la deseo. Poco me importa que mi carácter ó un concurso de circunstancias lo hayan querido así;

la cuestión es que tal existencia me conviene más que ninguna otra.

Fanny pronunció estas palabras con cierta entonación de amargura y sentimiento, pero con una sonrisa de triunfo.

La niña Dórrit fijaba en su hermana mayor una mirada suplicante; mientras que Fanny, juzgando sin duda que la conferencia había durado bastante, añadió como para concluir:

—De todos modos, Amy, te aconsejo que desistas de razonar conmigo, porque sería completamente inútil, puesto que comprendo estas cosas mucho mejor que tú. Lejos estoy de haber adoptado una resolución, pero puede ser que tome alguna; y ahora, ya hemos discutido el asunto como dos buenas hermanas, podemos irnos á dormir. Vamos, buenas noches, querida hermanita.

Así Fanny se despidió de aquella á quien llamaba momentos antes su ánora de salvación, y á la cual no necesitaba haber pedido consejo para hacer después lo que tenía por conveniente.

Desde aquel día Amy observó cómo era recibido el joven Sparkler por la tiránica Fanny, y pudo convencerse de que había suficiente motivo para tomar la cosa en serio. Algunas veces, Fanny no podía sufrir las necedades de su pretendiente, é impacientábase de tal modo, que era de temer que rompiera con él sin más ceremonia; pero otras parecía divertirse mucho el imbécil enamorado, y hubiérase dicho que encontraba una especie de compensación en el sentimiento de su propia superioridad. Si el caballero Sparkler no hubiese sido el más fiel y humilde de los pretendientes, habría huído del teatro de sus pruebas, poniendo entre él y la encantadora dama toda la distancia que separa á Roma de Londres; pero careciendo de voluntad propia, y atraído por una fuerza irresistible, iba siempre en pos de la cruel sirena, bien estuviese el mar tranquilo ó tempestuoso.

Entre tanto, la señora Merdle hablaba muy poco á Fanny, pero ocupábase de ella bastante á menudo: véase obligada en cierto modo, bien á pesar suyo, á mirarla con su lente, dirigiéndola algunos elogios, involuntarios al parecer, cual si no pudiera resistir la belleza victoriosa de la señorita Dórrit.

Cuatro ó seis semanas después de la conferencia de Fanny con la niña Dórrit, esta última observó que había una inteligencia más marcada con el enamorado pretendiente. El caballero Sparkler, como si le hubiesen avisado, no abría nun-

ca la boca sin mirar antes á Fanny para saber si debía hablar ó emitir una opinión; y además, cuando Enrique Gowan hacía alguna tentativa para poner á Sparkler en evidencia, era claro como la luz que la víctima estaba en guardia. Por su parte, Fanny, al parecer sin la menor intención, y sólo por pura casualidad, lanzaba una indirecta tan acerada, que Gowan retrocedía como hombre que acaba de poner la mano en un avispero.

Otra circunstancia contribuyó mucho á que aumentase la inquietud de la niña Dórrit: el trato de Sparkler con ella cambió de repente, llegando á ser casi fraternal, hasta el punto de que á veces el enamorado joven rodeaba con su brazo ligeramente el talle de Amy, como para tributarle una prueba de su afecto, sin dar ninguna explicación de su proceder, y limitándose á sonreír con aire estúpido.

Cierto día que la niña Dórrit estaba en su habitación, pensando con verdadera inquietud en su hermana, vió entrar de pronto á Fanny con verdadera sorpresa, pues era la hora en que solía ir á pasear á caballo.

—¿Qué hay de nuevo, Amy?—preguntó.—¿En qué pensabas, hija mía?

—En ti—contestó la niña Dórrit.

—¿De veras? ¡Qué casualidad! Pero ahí tienes una persona de quien tal vez no te acordabas.

Amy acababa de pensar precisamente en aquella persona, que no era otra sino el joven Sparkler; pero no lo dió á conocer, y limitóse á ofrecerle la mano. El joven pretendiente fué á sentarse junto á la niña Dórrit, y ésta sintió muy pronto que el brazo fraternal rodeaba su cintura.

—Vamos, hermanita—dijo Fanny, exhalando un suspiro,—¿no adivinas lo que esto quiere decir?

—Es tan bella como cariñosa...—balbuceó Sparkler,—y nada charlatana... ¡Ea! ¿estamos conformes?

—No se le piden á usted explicaciones, Edmundo—dijo Fanny.

—Ya lo sé, amor mío.

—En una palabra, hermanita—dijo Fanny,—ya somos novios; y sólo falta hablar á papá esta noche ó mañana, según se presente la ocasión. Entonces habremos terminado el asunto, y poco quedará qué hacer.

—Querida Fanny—dijo Sparkler respetuosamente,—yo quisiera decir dos palabras á la hermanita.

—¡Bien, bien! dígaselas y acabemos de una vez.

—Estoy convencido—añadió Sparkler, dirigiendo la palabra á Amy,—que no hay en el mundo una muchacha tan...

—Bien, ya sabemos eso, Edmundo—interrumpió Fanny,—y por lo tanto no vale la pena repetirlo. Pase usted á otra cosa.

—Sí, amor mío... Yo le aseguro á usted, Amy, que, exceptuando la dicha de ser correspondido por una joven encantadora, nada puede causarme tanta alegría como...

—¡Vaya, Edmundo, vaya!—interrumpió de nuevo Fanny, haciendo un ademán de impaciencia,—no volvamos á las andadas.

—Amor mío, tiene usted mucha razón—sepuso Sparkler;—reconozco que he contraído una mala costumbre. Lo que yo quería decir es que nada en el mundo, excepto la dicha de estar unido con la mujer más adorable, me podría causar tanta alegría como la amistad afectuosa de Amy. Harto sé que no soy muy fuerte cuando se trata de comprender ciertas cosas; pero en lo que toca á profesar á Amy el cariño más sincero, nadie me aventajará.

Y como para confirmar sus palabras, Sparkler dió un beso á la niña Dórrit.

—Nunca faltará un cubierto en nuestra mesa y una habitación en nuestra casa cuando Amy quiera aceptarlo. Estoy seguro de que mi padrastra acogerá con gusto á una persona á quien aprecio tanto; y en cuanto á mi madre, que es una hermosa dama, sin ninguna especie de...

—¡Edmundo, Edmundo!—exclamó Fanny, haciendo un nuevo ademán de impaciencia,—¿acabaremos al fin?

—Obedezco, alma mía—contestó Sparkler con tono sumiso;—ya sé que tengo una mala costumbre, y debo dar á usted gracias por la molestia que se toma en corregirme; pero todo el mundo conviene en que mi madre es una hermosa dama, y en que no tiene verdaderamente ni sombra de...

—Bien, bien—interrumpió Fanny otra vez,—es muy posible; yo no digo lo contrario, pero le ruego á usted que no hable más de eso.

—Ni una palabra, amor mío.

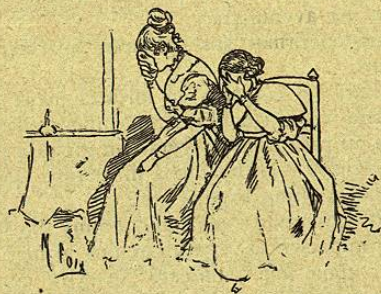
—Entonces ya no tendrá usted nada qué decir, ¿no es así, Edmundo?—preguntó Fanny.

—Nada absolutamente—replicó Sparkler;—ya lo he dicho todo, y sólo me resta rogar á usted que me dispense por haber hablado tanto.

Sparkler comprendió de pronto, por una especie de inspi-

ración, que aquella pregunta equivalía á decirle que se fuese, y en su consecuencia levantóse para despedirse de Fanny, recibiendo al mismo tiempo las felicitaciones de la niña Dórrit, que en medio de su pesar, á duras penas pudo cumplir con este deber.

Cuando Sparkler hubo salido, la niña Dórrit apoyó la cabeza en el seno de su hermana para ocultar sus lágrimas. Fanny comenzó por reirse, pero muy pronto acabó por llorar también. Esta fué la última vez que dió á conocer su sentimiento oculto, ó más bien la pena que le causaba su próximo casamiento; pero desde aquel día siguió resuelta y libremente la senda que se había trazado.



## CAPITULO XV

**Se publican las amonestaciones. «Resultando que no hay impedimento para el enlace del señor... y de la señorita...»**

El señor Guillermo Dórrit cuando supo que su hija mayor había prestado oído á la demanda matrimonial del joven Sparkler, y éste obtenido el consentimiento de Fanny, acogió la noticia con grave dignidad, pero también con un orgullo paternal que no trató de ocultar. Halagaba su amor propio la idea de que semejante alianza le facilitaría el camino para trabar conocimiento con personas distinguidas, y experimentaba la mayor satisfacción al observar la actividad con que Fanny secundaba sus más ardientes aspiraciones. En su consecuencia, apresuróse á manifestar á Fanny que tan noble ambición le colmaba de placer, y bendijo á su hija mayor, elogiando que así se sacrificase para conservar el rango de la familia.

En cuanto á Sparkler, apenas su prometida le permitió presentarse, el señor Dórrit le declaró sin rodeos que aquella proposición le honraba mucho, primeramente porque parecía